

El viaje de transformación Raymond L. Fox

Algo para reflexionar, comentar, y hasta practicar en su viaje



Más sobre el pacto escrito en nuestros corazones

En el ensayo anterior, comenzamos a considerar cómo el nuevo pacto, escrito en nuestras mentes y corazones, es fundamentalmente distinto al viejo pacto escrito en las tablas de piedra. En el primer siglo, mientras los seguidores de Moisés buscaban justificar su fidelidad a Dios a través de la obediencia de una lista complicada de requerimientos y prohibiciones, Jesús le enseñaba a sus seguidores a sentir como siente el Padre celestial y a pensar como él, mientras buscan transformarse a su imagen. Los fariseos, por ejemplo, obligaban a las personas a apegarse a la lista de reglas que habían creado sobre el mandamiento de no trabajar en sábado; Jesús enseñaba a las personas a practicar la misericordia porque el Padre celestial es misericordioso (Lucas 14: 1-6).

Ahora contemplaremos de manera más cuidadosa cómo las enseñanzas de Jesús en el nuevo pacto llegan a estar inscritas en nuestros corazones. Al finalizar el sermón en el monte, en el cual describió la vida en el reino de Dios, Jesús retó a sus discípulos a no solo escuchar sus enseñanzas sino también a practicarlas (Mateo 7:24-27). La práctica, especialmente cuando involucra disciplina y sacrificio, requiere de mucha motivación. Nuestros corazones representan las emociones y deseos que nos motivan. En nuestro pacto con el Padre a través de Jesús, no practicamos la compasión solo para poder quitarla de nuestra lista y demostrar que somos justos; en cambio decidimos mostrar compasión porque nuestro Padre es compasivo y el deseo más profundo de nuestros corazones es el de ser como él. Cuando sentimos el sufrimiento de otros como él lo hace y eso nos mueve a practicar la misericordia como él, entonces nuestro pacto con él está escrito en nuestros corazones.

Jesús también nos invita a sentir lo que él siente en su relación con el Padre. Jesús prometió llenar a sus discípulos con dos emociones primarias. La primera es la paz. La paz es lo opuesto al miedo. Trate de imaginar el miedo que los discípulos sintieron cuando Jesús los preparó para su muerte en la noche antes de su crucifixión, especialmente considerando que no podían concebir que resucitaría al tercer día. En medio de la tormenta emocional que sentían en los aposentos altos esa tarde, Jesús les dijo, "La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden" (Juan 14:27).

Les prometió su paz. Su paz era la seguridad tranquila de que él siempre está conectado al Padre como el reflejo del carácter y poder del Padre. El apóstol Juan, quien estaba en los aposentos altos esa tarde, llegó a experimentar lo que Jesús prometió. Escribió posteriormente que cuando vivimos en amor como Dios es amor, su amor es perfeccionado en nosotros y quita todo el miedo porque no hay razón para temer si somos como el Padre en este mundo (1 Juan 4:16-18). La práctica de compasión, humildad, paciencia, y perdón producen la conexión con el Padre que da paz. En cambio, lo opuesto como el egoísmo, produce el miedo que acompaña la alienación.

La otra emoción primaria que prometió a sus discípulos esa noche fue su "alegría." Su alegría es también la alegría de la conexión con el Padre. Después de usar la parábola de la vid y las ramas para describir su relación con él (Juan 15:1-12), le dijo a los discípulos que experimentarían la alegría completa que siente en su relación con el Padre. Para sentir esta alegría, deben permanecer conectados a él, así como las ramas están conectadas la vid, al amarse los unos a los otros de la misma manera en que él los amó. Experimentar esa vitalidad, energía, y optimismo de la alegría que siente Jesús en la presencia del Padre se convierte en una motivación poderosa para que vivamos a su imagen.

Para que estas dos emociones, al igual que las que fluyen de estas, estén inscritas en nuestros corazones y nos motiven a vivir en el reino de Dios, debemos prestar mucha atención a lo que sentimos. Quizás de manera inconsciente tenemos miedo de perdonar o ser pacientes. La posibilidad de sacrificar algo para ser humildes y amables quizás nos deprime en vez de darnos alegría. ¿Cómo se siente la paz interna para usted? ¿Cómo se siente la alegría como emoción constante y duradera que lo motiva a practicar las enseñanzas de Jesús cuando practicarlas se vuelve difícil? Si no está seguro, sométase a vivir de manera transformada como reflejo del corazón del Padre y permítase sentir la paz y alegría de su relación con él. ¡Jesús lo prometió! ¡Preste atención a lo que siente!

La próxima semana: más sobre lo que está escrito en nuestras mentes.

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y siete años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.



Traducción por Alejandra Castro.

Conectar: RaymondLFox@thejourneyoftransformation.org